

La Evolución de la Participación Política de los Jóvenes desde 1983

José Eduardo Jorge

Ponencia presentada en el III Congreso sobre Juventud, Medios e Industrias Culturales, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 24 y 25 de Octubre de 2012

Resumen: La ponencia examina las tendencias observadas en la participación política y cívica de los jóvenes argentinos desde la recuperación de la democracia hasta la actualidad, a partir de estudios por encuesta orientados a la investigación de la cultura política. El trabajo analiza las diferencias generacionales en un conjunto de indicadores clave de participación: nuevos movimientos sociales, activismo político no convencional, participación en organizaciones civiles tradicionales, inserción en partidos políticos, adhesión partidaria, interés por la política y hábito de conversar de política.

Introducción

La participación política de los jóvenes constituye un tema candente en el estudio de las democracias contemporáneas. El aparente descenso de la implicación política de los jóvenes ha sido señalado en forma recurrente, desde hace ya algunas décadas, en las democracias maduras, donde se ha visto acompañado por un declive persistente de la credibilidad y la capacidad de convocatoria de los partidos.

En las democracias nuevas, surgidas en el último cuarto del siglo XX, el nacimiento o recuperación de las instituciones se vieron rodeados, en muchos casos, de altos niveles de participación popular. Este entusiasmo inicial dio paso, casi invariablemente, a un periodo de “desencanto” y de descenso marcado de la participación, frente a las dificultades, las turbulencias y el arduo horizonte de la construcción democrática.

Este fue el caso, precisamente, de la experiencia argentina, donde al terminar la década de los 80 el impulso participativo estaba en gran medida agotado. Los años 90 crearon entre nosotros un clima aún más hostil para la implicación política, pues la aplicación a

rajatabla de reformas de mercado, además de provocar un aumento de la desigualdad social, trajo consigo la exaltación como valores supremos del utilitarismo y la racionalidad económica, del decisionismo y la tecnocracia como filosofías de gobierno, de la televisión y la farándula como ámbitos de selección de nuevos dirigentes.

A partir del cambio de siglo –que en nuestro país adquirió forma traumática con el colapso económico, político y social de 2001-2002- soplaron en América Latina otros vientos políticos. El surgimiento de gobiernos que han procurado disminuir la pobreza y la desigualdad, ampliar la autonomía de los países de la región y recuperar políticas de crecimiento autosostenido, ha creado un nuevo contexto para la participación política.

El caso argentino tiene características peculiares, pues la crisis de principios de siglo produjo una fragmentación del sistema de partidos que aún dista de resolverse. El colapso de diciembre de 2001 se vio signado por una profunda pérdida de confianza en instituciones como los partidos y el Congreso, igual que por una explosión de participación, que incluyó formas novedosas como las asambleas barriales, pero que acabó por diluirse al cabo de algunos meses.

En los últimos años parecen comenzar a delinearse entre nosotros los contornos de un nuevo escenario. El debate político recupera densidad ideológica, la participación juvenil aumenta, la confianza en los partidos y el Congreso tiende a recobrase de los muy deprimidos niveles en que parecía estar cristalizada. Son aún signos inciertos e incipientes, pero que pueden encerrar algunas de las tendencias que nos acompañen en el futuro próximo.

Cambio Cultural y Cambio Generacional

Los párrafos previos trazan en forma sucinta el contexto histórico en el que se inserta nuestro análisis. Enfocaremos la evolución de la participación política juvenil desde la recuperación de la democracia hasta la actualidad desde la perspectiva de la cultura política (Jorge, 2010), a partir de algunos indicadores clave de participación para los que contamos con series temporales de datos de largo plazo.

Los datos que utilizaremos en esta ponencia provienen de dos fuentes. Una consiste en cálculos propios a partir de las bases de la Encuesta Mundial de Valores, un estudio transnacional iniciado en los años 80, que se ha extendido ya a más de 90 países y que ha efectuado relevamientos en nuestro país en 1984, 1991, 1995, 1999 y 2006. La segunda fuente son tres Encuestas Regionales de Cultura Política, dirigidas por el autor de esta ponencia en el marco de proyectos de investigación acreditados en la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires. Estos estudios fueron realizados en el Gran La Plata (2008), Junín (2010) y Pergamino (2011), todos en territorio bonaerense (Jorge, 2012a).

Uno de los enfoques de investigación más importantes sobre la participación política juvenil se apoya en determinadas corrientes de estudio sobre los cambios culturales ocurridos en las sociedades de desarrollo avanzado e intermedio. Estos cambios culturales, que comenzaron a manifestarse con claridad desde los años 60 –con particular intensidad en los países que ingresaban en la era posindustrial-, han sido relevados desde la década del 70 mediante encuestas sistemáticas diseñadas por redes internacionales de científicos sociales. Las tendencias reveladas por estos estudios han sido puestas en relación con las transformaciones económicas, sociales y políticas experimentadas por esas mismas sociedades, buscando formular un marco conceptual del cambio social a largo plazo.

Dentro de esta vertiente de investigación, un enfoque de gran influencia, que ha dado origen a la *Teoría de la Posmodernización*, pone el acento en los cambios culturales que dan forma al denominado *Giro Posmoderno* (Inglehart, 1997, 1990). Este concepto hace referencia a un conjunto de cambios interrelacionados en los valores, normas y creencias en las diversas esferas de la cultura, como la familia, la religión, el trabajo, la política y demás. Una de las hipótesis fundamentales es que, a medida que las sociedades avanzan en la senda del desarrollo, las crecientes condiciones de seguridad económica y física en las que crecen los individuos hacen que las sucesivas generaciones den cada vez menos prioridad *relativa* a los *valores materialistas de supervivencia*, para otorgar más importancia a cuestiones *posmaterialistas* vinculadas con la *autoexpresión* y la *calidad de vida*.

Este cambio intergeneracional de las prioridades valorativas –más acentuado, como es lógico, en las sociedades prósperas, pero también presente en países de desarrollo intermedio como la Argentina- impacta en forma creciente –*a medida que las generaciones más jóvenes van reemplazando a las anteriores-* en todas las áreas de la vida social, como lo manifiesta la expansión de la llamada *cultura posmoderna* en su sentido más amplio.

Aquí nos interesa destacar fundamentalmente el impacto político de este cambio intergeneracional de valores y, en particular, su influencia sobre la implicación política de las generaciones más jóvenes.

Un aspecto central de ese impacto son las modificaciones que viene produciendo en la agenda política. Gradualmente, al lento ritmo en que avanza el reemplazo generacional, el giro hacia los valores que priorizan la autoexpresión y la calidad de vida en lugar de la seguridad económica ha provocado el ascenso de temas como el ecologismo, el feminismo y los derechos de género, la diversidad cultural y las identidades, las autonomías regionales, el pacifismo y los derechos humanos.

Para las nuevas generaciones, el crecimiento económico deja de ser una prioridad y se vuelve inaceptable cuando daña el medio ambiente. Del mismo modo, una vida de trabajo duro y competitivo se vuelve poco atractiva. Las preferencias comienzan a inclinarse por trabajos que amplíen las oportunidades de realización y la libertad de las personas.

Debe subrayarse que este cambio de prioridades tiene lugar no porque las nuevas generaciones dejen de otorgar importancia a la cobertura de sus necesidades materiales, sino porque el desarrollo económico hace que esta cobertura se dé por sentada. La modificación en la jerarquía de los valores tiene como causa la difusión de ese sentimiento de seguridad material en los grupos más jóvenes.

En una sociedad donde la vida es precaria, la familia es la institución central para brindar seguridad a los individuos. En la sociedad posindustrial ese papel se ha debilitado considerablemente y las normas familiares y sexuales se vuelven menos rígidas. El rol y las aspiraciones de la mujer cambian en forma sustancial.

Junto a estas y otras transformaciones en la agenda, tienen lugar profundas modificaciones en las orientaciones generales de los individuos hacia la política. Además del cambio de valores, interviene aquí un segundo factor: el llamado proceso de *movilización cognitiva*. Las nuevas generaciones no sólo tienen más educación que las previas, en especial de nivel universitario. También, al trabajar en los ambientes laborales complejos y más horizontales de la sociedad posindustrial –muy diferentes de la gran planta fabril, jerárquica y basada en la división del trabajo en tareas simples, rutinarias y repetitivas, como la cadena de montaje-, desarrollan capacidades de pensamiento abstracto, manejo de información, innovación, iniciativa, toma de decisiones, comunicación y organización, que son potencialmente aplicables a la vida política y que no se hallaban disponibles para los ciudadanos de la era de las chimeneas. Un tercer aspecto de gran relevancia es la expansión adicional de los *medios de comunicación masiva*, que ponen al alcance de toda la población la información política que antaño estaba reservada a minorías selectas o un sector no mayoritario de la población.

Altos niveles educativos; habilidades de pensamiento, organización y comunicación; acceso a la información política y valores de carácter esencialmente emancipatorio, se combinan para dar a las generaciones más jóvenes una capacidad y motivación para la acción política muy distintas a las de sus mayores.

Esto tiene un conjunto preciso de consecuencias, que en las democracias maduras se han manifestado en forma creciente en las últimas décadas. Por un lado, hay una pérdida de peso de las autoridades políticas tradicionales: el gran partido de masas, los jefes partidarios, las ideologías oficiales y omnicomprensivas (las “grandes narrativas” de las que hablaba Lyotard). Las personas tienden a apoyarse más en su propia autoridad interna, en sus propias ideas, o en los sistemas de ideas o ideologías elaborados colectivamente por grupos de activistas basados en relaciones cara a cara y otras formas de comunicación interactiva.

Del mismo modo, el partido clásico, burocrático y jerárquico, se vuelve cada vez menos atractivo y aceptable como ámbito de participación política. Los grandes partidos de la era industrial eran capaces de movilizar, a impulso de sus cúpulas directivas, a masas de

adherentes cuya participación, dirigida así “desde arriba”, se limitaba, en general, a votar el día de los comicios.

Las generaciones jóvenes optan en forma creciente por canalizar su participación en forma *autodirigida*, a través de grupos creados por propia iniciativa para abordar cuestiones específicas, que generalmente plantean *desafíos a las elites políticas*, económicas, religiosas y culturales tradicionales. Surgen de este modo los *nuevos movimientos sociales*, ONGs no tradicionales y, a veces, nuevos partidos, como los ecologistas. Disminuye el peso de la participación política convencional –incluyendo el voto y las afiliaciones a los partidos clásicos- y se difunden *formas de activismo no convencional*: manifestaciones, petitorios, boicots, sentadas y demás.

Como se ha observado en las democracias europeas, los partidos tradicionales tienen dificultades para responder a las nuevas agendas y formas de participación, si bien, apoyados en sus grandes recursos y lealtades consolidadas, parecen capaces de adaptarse al desafío en lugar de abandonar el escenario. Mientras tanto, la adhesión, la credibilidad y la confianza en estos partidos, así como en otras instituciones de gobierno, siguen en niveles deprimidos, comparadas con las que se registraban en las democracias industriales de posguerra.

Participación juvenil y cambio generacional en Argentina

En un país como el nuestro, esperaríamos encontrar manifestaciones de las tendencias descritas, pero al menos con tres importantes salvedades. En primer lugar, las tendencias deberían aparecer en forma menos marcada, por tratarse de un país de ingreso medio, en el que subsisten además fuertes desigualdades sociales y regionales. En segundo lugar, las agudas crisis económicas que ha sufrido la Argentina desde mediados de los 70 y, en especial, las más recientes, causadas por la hiperinflación de 1989-1990 y el colapso de 2001-2002, han provocado fuertes fluctuaciones en las condiciones materiales de vida. Aunque en el transcurso de las últimas cuatro décadas la Argentina no ha dejado de modernizarse, por lo que cabe esperar –como en efecto lo sugieren los datos disponibles- un ascenso intergeneracional de los valores posmaterialistas (Jorge, 2012c y 2010), estas profundas crisis económicas provocan al

menos aumentos transitorios de las prioridades materialistas (lo que en la *Teoría de la Posmodernización* se conoce como *efectos de coyuntura*).

En tercer lugar, a diferencia de la mayoría de las democracias europeas, que, amén de su larga duración, han experimentado a partir de la posguerra una gran estabilidad política, la democracia argentina, además de haber tenido aún escaso tiempo para consolidarse, ha atravesado fuertes turbulencias institucionales, en compleja interacción con las crisis económicas que las acompañaron. Como consecuencia de esto, la confianza en los partidos y el Congreso ha llegado a desplomarse a niveles mínimos. En 1984, según la Encuesta Mundial de Valores, el 73% de los argentinos confiaba “mucho” o “bastante” en el Congreso. Ese porcentaje había caído al 17% en 1991 y al 10% en 2002. En este último año, sólo el 4% decía confiar en los partidos.

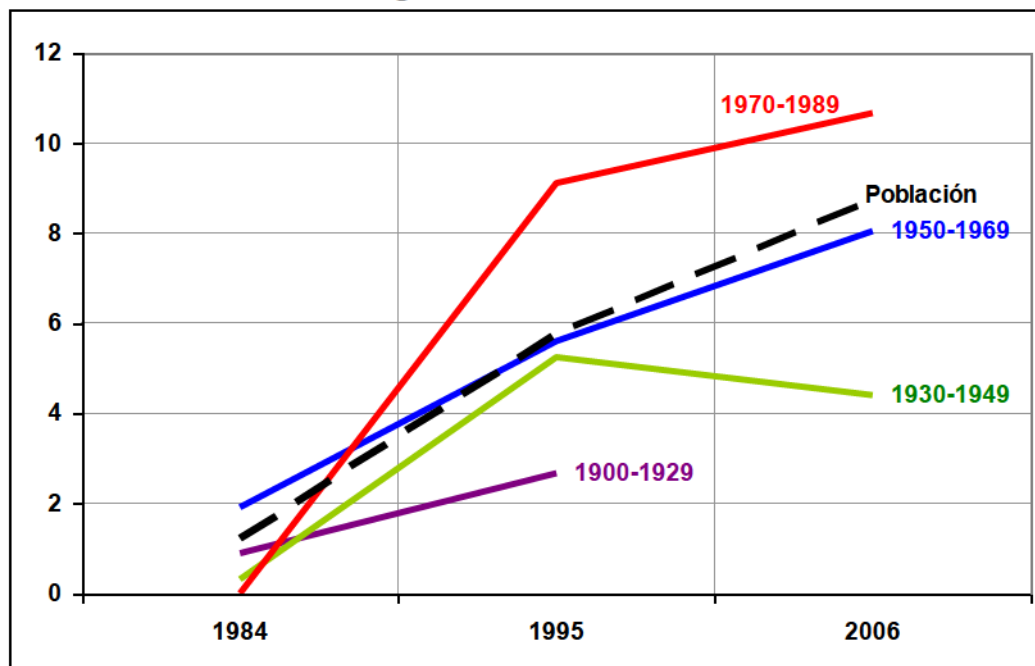
Otra diferencia fundamental con los sistemas institucionales europeos reside en que los partidos argentinos no llegaron nunca a convertirse en organizaciones fuertes y estables. Dependientes de la capacidad personal de convocatoria de sus dirigentes, tampoco han logrado, a lo largo de la historia, cumplir con el rol central de mediadores entre los intereses de los diversos grupos sociales y las políticas implementadas desde el Estado. Por último, como otro efecto de las crisis económicas e institucionales, también el interés por la política ha llegado a descender entre los argentinos a niveles muy bajos. Un hecho relevante es que la confianza en el Congreso y –en menor medida– en los partidos parece haber comenzado a recobrase en los últimos años. Según la encuesta Latinobarómetro, en 2010 el 39% de los argentinos confiaba en el Congreso y el 21% en los partidos. De nuestras Encuestas Regionales se desprende una tendencia similar. En cuanto al interés por la política, ya la onda 2006 de la Encuesta Mundial de Valores reflejaba una incipiente recuperación.

En síntesis, cabe esperar que las tendencias políticas generacionales que hemos expuesto no sólo aparezcan en la Argentina en forma menos acentuada que en las democracias más prósperas y estables, sino además interactuando con efectos coyunturales o viéndose modificadas por otras tendencias políticas propias de la peculiar trayectoria histórica de nuestro país. Dentro del marco conceptual aquí expuesto, presentamos a continuación, en forma sucinta, las principales tendencias generacionales que hemos podido observar en nuestro país en las últimas tres décadas.

D) Desde la recuperación de la democracia, los nuevos movimientos sociales han experimentado en la Argentina un importante crecimiento y canalizan en mayor proporción la participación de las generaciones más jóvenes.

Tomando como ejemplo el *movimiento ambientalista*, que muestra el crecimiento más grande, en 1984 se declaraba “miembro activo o inactivo” de una organización ecológica voluntaria el 1,2% de los argentinos, mientras que en 2006 la cifra ascendía al 8,7%, un porcentaje casi similar al de los partidos políticos (9%). En 2006, decía ser miembro de una organización ecológica el 11% de los argentinos nacidos entre 1970 y 1989, frente al 8% de los nacidos entre 1950 y 1969 y algo más del 4% de la cohorte de edad 1930-1949. La presencia creciente de las organizaciones de la mujer, de derechos humanos y de derechos de género en la sociedad civil argentina es parte de esta misma tendencia (Jorge, 2012c).

Figura 1 - % de argentinos miembro de una Organización Ecológica Según Cohortes de Edad



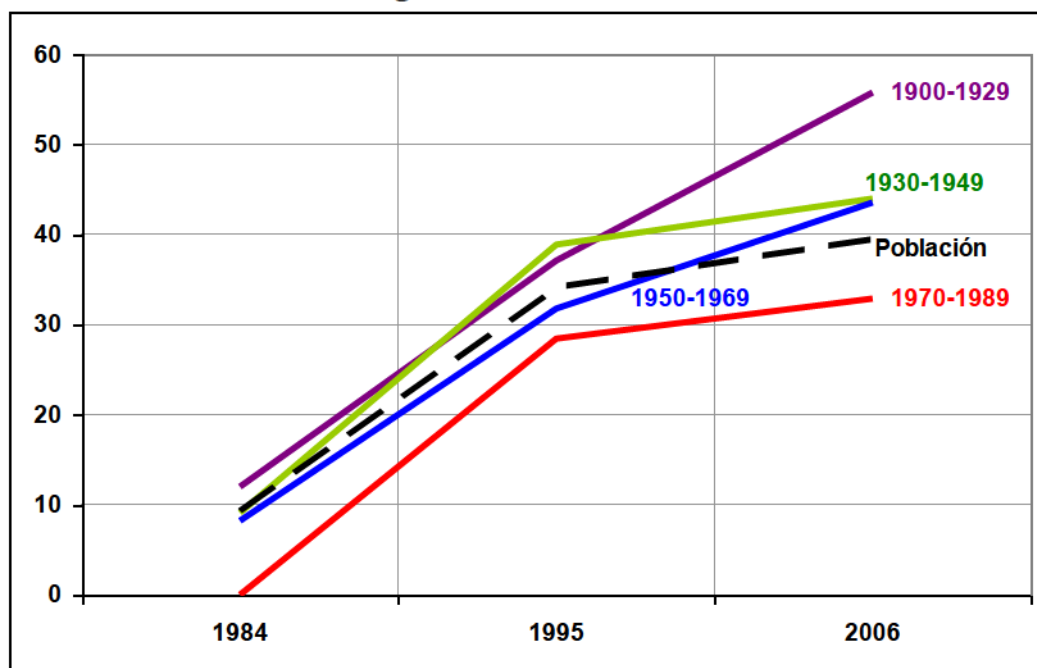
Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores

II) Las organizaciones voluntarias tradicionales, en particular las religiosas, siguen canalizando la mayor proporción de la participación cívica. La inserción en este tipo de organizaciones también ha aumentado desde principios de los 80, incluso en

los grupos más jóvenes, pero el peso de la participación recae en mayor medida en las generaciones de mayor edad.

El porcentaje de argentinos que dijo ser miembro de una organización religiosa pasó del 9% en 1984 al 39% en 2006. Este último año, era miembro el 56% de los nacidos entre 1900 y 1929, el 44% de los integrantes de las cohortes 1930-1949 y 1950-1969 y sólo el 33% de los nacidos entre 1970 y 1989.

Figura 2 - % de argentinos miembro de una Organización Religiosa Según Cohortes de Edad

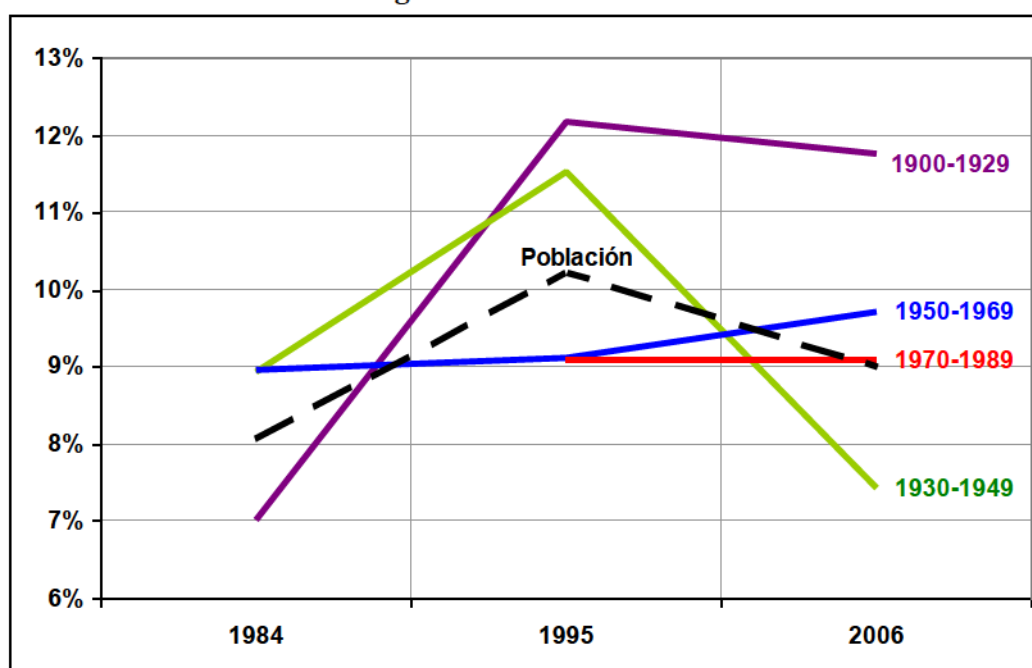


Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores

III) La proporción de argentinos que se consideran miembros de un partido político ha experimentado poca variación y no muestra diferencias generacionales significativas. Como en el mismo periodo la gran mayoría de las organizaciones civiles tradicionales, excepto los sindicatos, engrosaron su membresía, esto implica que los partidos han perdido peso relativo dentro de la sociedad civil.

Los argentinos que se dicen miembros de un partido pasaron del 8% en 1984 al 10% en 1995 y al 9% en 2006. No hay diferencias porcentuales importantes entre las cohortes de edad.

Figura 3 - % de argentinos Miembro de un Partido Político Según Cohortes de Edad



Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores

% de Argentinos Miembros Activos o Inactivos de Organizaciones Voluntarias

Tipo de Organización	1984	1995	2006	Dif. 06-84	Dif. 06-95
Religiosas	9,3	33,9	39,5	30,2	5,6
Deportivas	s/d	15,8	18,7	--	2,8
Educación y Cultura	6,0	14,6	14,8	8,8	0,2
Humanitarias, Caridad	6,4	10,0	13,0	6,6	3,0
Partidos	7,9	10,2	9,0	1,1	-1,2
Ecológicas	1,2	5,7	8,7	7,5	3,0
Profesionales	4,8	8,0	7,8	3,0	-0,2
Sindicatos	9,4	6,0	7,7	-1,7	1,7

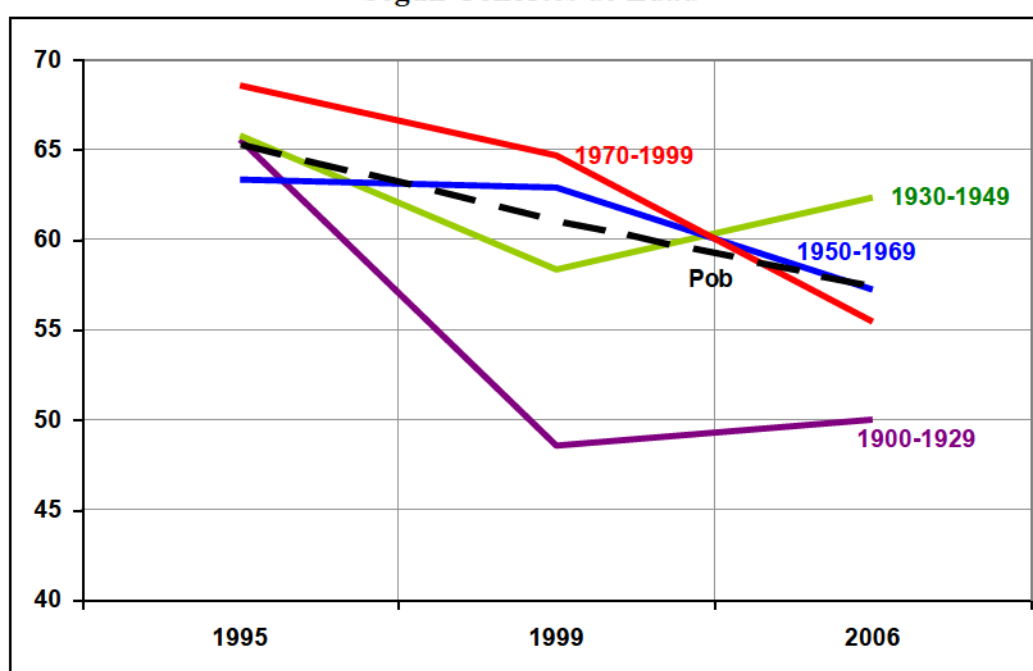
Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores

IV) El grupo de los argentinos que adhieren a un partido político, medido por la intención de voto a partidos, ha disminuido sólo levemente –aunque en un escenario de fuerte fragmentación- y en nuestras Encuestas Regionales más recientes parece tender a recuperarse. La adhesión partidaria no manifiesta diferencias generacionales claras.

Ante la pregunta de a qué partido votaría si hubiera elecciones mañana, entre una lista que se proporciona al encuestado, el porcentaje de argentinos que señaló un partido

declinó del 65% en 1995 al 57% en 2006. Al mismo tiempo, el sistema de partidos sufría en este lapso una fuerte fragmentación (Jorge, 2012b). En nuestras Encuestas Regionales la proporción de entrevistados que señaló un partido fue del 69% en Gran La Plata 2008, del 65% en Junín 2010 y del 67% en Pergamino 2011. Con la excepción de los nacidos entre 1900 y 1929, que tienden sistemáticamente a exhibir menos adhesión partidaria que el resto, la relación entre intención de voto a partidos y cohorte de edad varía según el periodo.

Figura 4 - % de argentinos que Vota por un Partido Político Según Cohortes de Edad



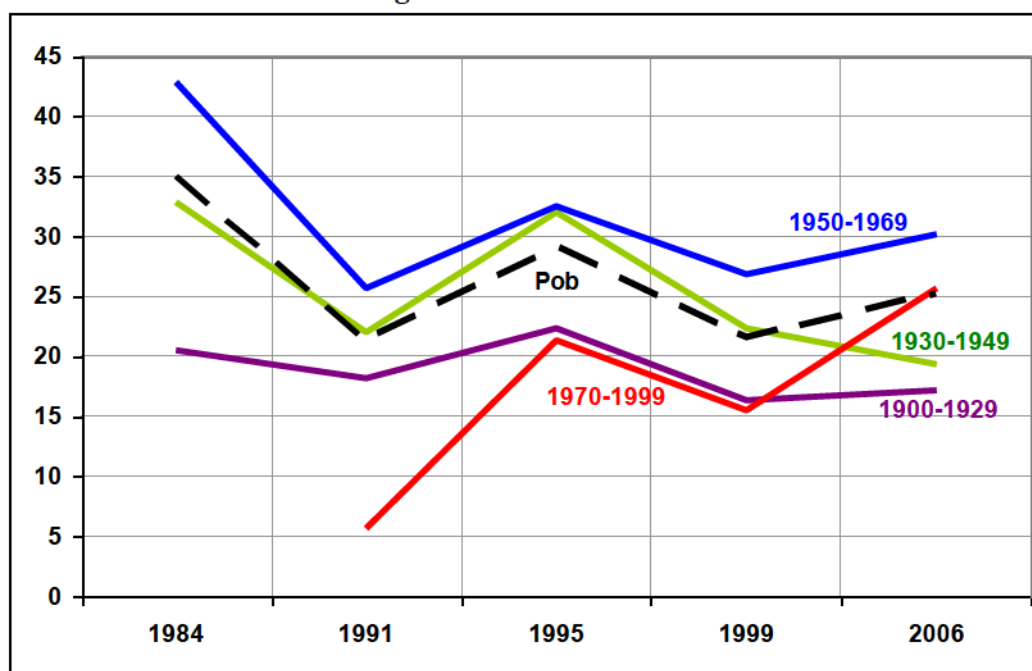
Año	1900-1929	1930-1949	1950-1969	1970-1999	Pob
1995	66	66	63	69	65
1999	49	58	63	65	61
2006	50	62	57	55	57
GLP 2008	44	72	70	68	69
Junín 2010		58	71	65	65
Pergamino 2011		69	73	62	67

Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores y Encuestas Regionales dirigidas por el autor (Jorge, 2012a).

V) Las formas de activismo político no convencional han tenido durante todo el periodo una importante incidencia y en ellas el peso de las generaciones jóvenes tiende a ser mayor.

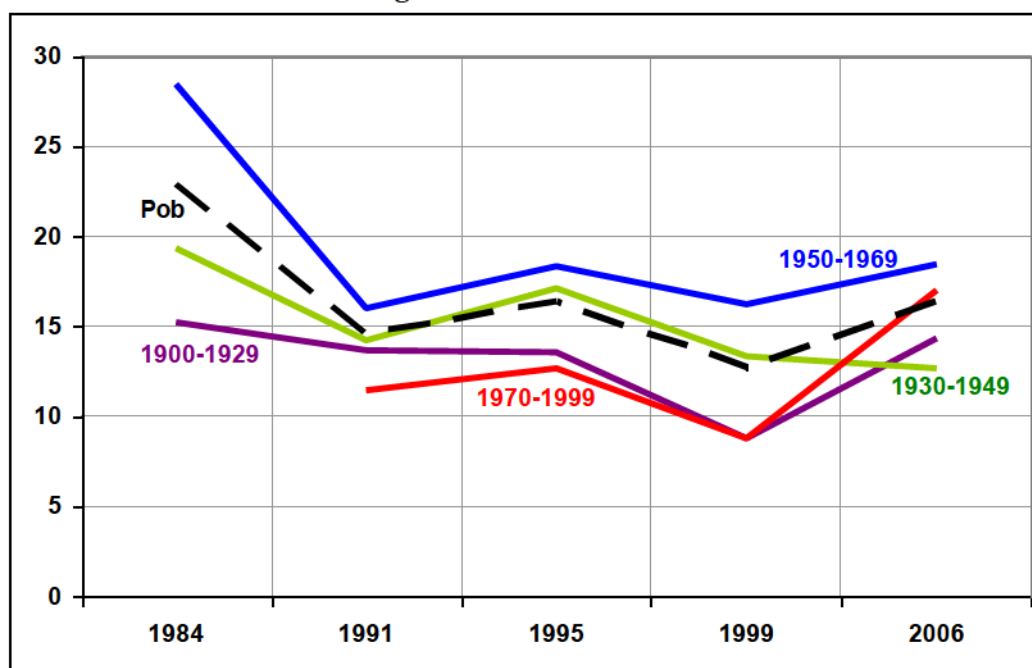
Aunque los niveles más elevados de este tipo de activismo se registraron en 1984, cuando el 35% de los argentinos dijo haber firmado un *petitorio* y el 23% haber participado de una *manifestación*, los porcentajes no han disminuido en forma sensible en ninguno de los periodos relevados. Cuanto más joven es la generación de argentinos, mayor es la participación en acciones políticas no convencionales. La generación 1950-1969 es la más activa de todas. Si bien la cohorte de los nacidos entre 1970 y 1999 se halla por debajo de las otras hasta fin de siglo, tiende a superarlas (excepto a la ya mencionada) en el periodo más reciente. Aquí interviene probablemente un efecto de *ciclo de vida*: las personas se involucran en mayor medida en la política cuando superan la primera juventud y empiezan a afrontar los retos de la vida.

**Figura 5 - % de argentinos que firmó un Petitorio
Según Cohortes de Edad**



Año	1900-1929	1930-1949	1950-1969	1970-1999	Pob
1984	21	33	43		35
1991	18	22	26	6	21
1995	22	32	33	21	29
1999	16	22	27	15	21
2006	17	19	30	26	25
GLP 2008	22	38	59	52	52
Junín 2010		30	47	28	35
Pergamino 2011		28	29	36	32

Figura 6 - % de argentinos que participó en una Manifestación Según Cohortes de Edad



Año	1900-1929	1930-1949	1950-1969	1970-1999	Pob
1984	15	19	28		23
1991	14	14	16	11	15
1995	14	17	18	13	16
1999	9	13	16	9	13
2006	14	13	18	17	16
GLP 2008	11	25	33	35	32
Junín 2010		19	17	14	16
Pergamino 2011		23	24	26	25

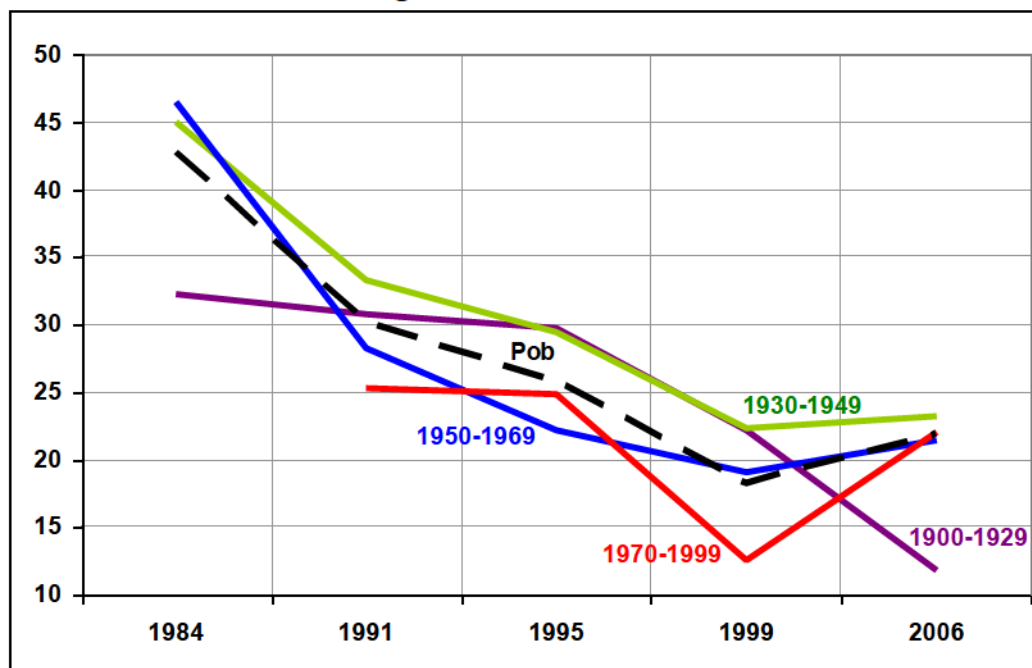
Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores y Encuestas Regionales dirigidas por el autor (Jorge, 2012a).

VI) El interés por la política descende con fuerza desde la recuperación de la democracia hasta fin de siglo y tiende a recuperarse a partir de allí. Las diferencias generacionales no son significativas.

En 1984, el 43% de los argentinos decía estar “muy” o “bastante” interesado por la política, mientras que en 1999 se interesaba apenas el 18%. En 2006, la cifra había aumentado al 22% y en nuestras Encuestas Regionales se ubicaba entre el 28% y el 38%. Por otra parte, en 1984 dijo no hablar “nunca” de política el 21% de los encuestados en todo el país, pero en 1999 el porcentaje había crecido al 48%. Aunque no hay datos nacionales para el año 2006, la proporción de personas que no habla

“nunca” de política caía al 28% en nuestra encuesta del Gran La Plata 2008 y se ubicaba un poco por encima del 40% en Junín 2010 y Pergamino 2011. Todas las generaciones participan casi al unísono de estas tendencias. La cohorte 1900-1929 es la que menos discute de política, mientras que los nacidos entre 1970 y 1999 tienden a exhibir un aumento del interés consistente con la hipótesis ya señalada de un efecto de *ciclo de vida*.

Figura 7 - % de argentinos Interesados por la Política Según Cohortes de Edad



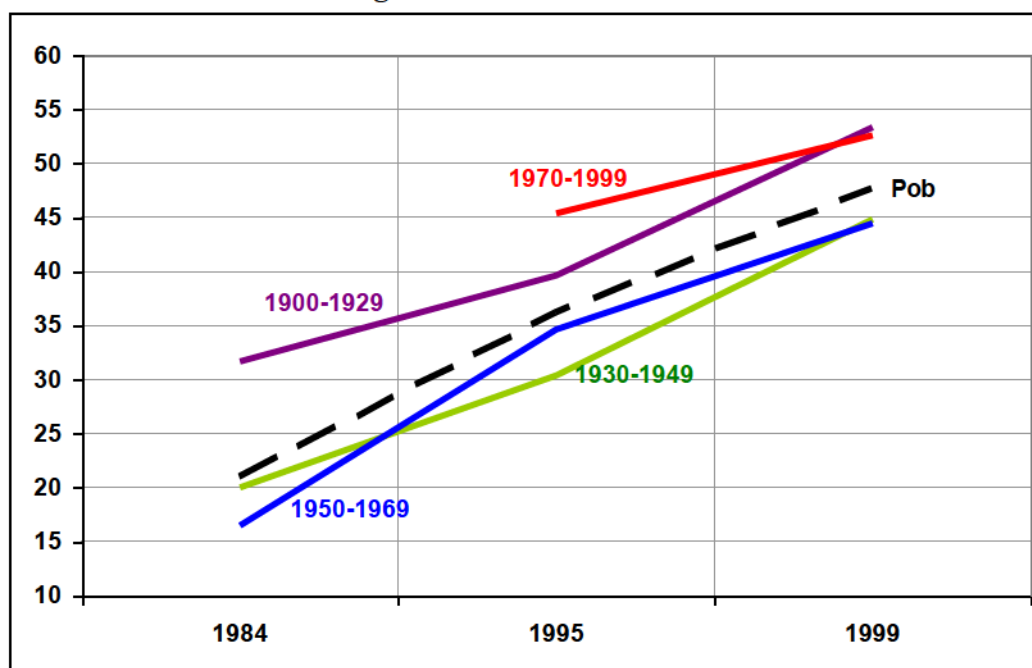
Año	1900-1929	1930-1949	1950-1969	1970-1999	Pob
1984	32	45	46		43
1991	31	33	28	25	30
1995	30	29	22	25	26
1999	22	22	19	13	18
2006	12	23	21	22	22
GLP 2008	11	32	42	38	38
Junín 2010		30	32	28	30
Pergamino 2011		22	29	29	28

Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores y Encuestas Regionales dirigidas por el autor (Jorge, 2012a).

En conclusión, las tendencias observadas se hallan en línea con las consideraciones planteadas al principio de este párrafo. La pérdida de confianza en los partidos argentinos, aunque quizás contenga algún efecto originado en el cambio generacional (Jorge, 2012b), se debe mayormente a las fuertes turbulencias económicas y políticas y a la histórica debilidad de los partidos como mediadores entre la sociedad civil y el Estado. Este proceso, que se refleja asimismo en el peso cada vez menor de los partidos

como canal de participación frente a otras organizaciones de la sociedad civil, no ha impedido que sigan recibiendo las adhesiones del electorado, aun dentro de una creciente fragmentación. El paulatino crecimiento de los nuevos movimientos sociales y de las formas de activismo político no convencional, refleja el ascenso de la agenda y los estilos de participación juvenil, que los partidos necesitan tomar en cuenta para amoldarse a las tendencias del futuro.

Figura 8 - % de argentinos que “Nunca” Habla de Política Según Cohortes de Edad



Año	1900-1929	1930-1949	1950-1969	1970-1999	Pob
1984	32	20	16		21
1995	40	30	35	45	36
1999	53	45	44	53	48
GLP 2008	44	38	24	27	28
Junín 2010		48	36	45	43
Pergamino 2011		43	37	45	42

Fuente: Cálculos propios a partir de la Encuesta Mundial de Valores y Encuestas Regionales dirigidas por el autor (Jorge, 2012a).

Bibliografía

Inglehart, Ronald: Modernization and Postmodernization. Cultural, Economic, and Political Change in Forty-Three Societies. Princeton University Press, Princeton, 1997.

Inglehart, Ronald: *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton University Press, Princeton, 1990.

Jorge, José Eduardo: “La investigación de los efectos de los medios sobre la participación política. El enfoque de la cultura política”, *Question*, Vol. 35, 2012a.

Jorge, José Eduardo: “Cultura política y voto partidario en Argentina. Posmodernismo, posmaterialismo y economía en el período 1995-2006”, *Question*, Vol. 33, 2012b.

Jorge, José Eduardo: “Same-sex marriage in Argentina. Tolerance and discrimination in Political Culture”, *Journal of Research in Peace, Gender & Development*, Vol. 2(3) pp. 60-71, March 2012c.

Jorge, José Eduardo: *Cultura Política y Democracia en Argentina*, Edulp, La Plata, 2010.